

## CAMINO HACIA EL REINO

### La Cuaresma

He querido titular esta pequeña presentación del sentido de la Cuaresma, "Camino hacia el Reino", porque este periodo litúrgico cuando se vive en su sentido profundo, lo que busca es crear el clima necesario para hacernos sentir la presencia del Reino. Es un verdadero viaje espiritual que nos lleva de un estado que está dominado por las fatigas y por las preocupaciones de este mundo, donde la presencia de Dios es prácticamente inaprensible, a otro estado donde empezamos a sentir que la relación con la trascendencia es posible y la presencia del Reino, aunque sea intuitivamente, empieza a ser una realidad de la que podemos participar y vivir.

La Divina Liturgia de San Joan Crisóstomo, empieza con las palabras: "Bendito sea el Reino de Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" y éstas palabras marcan el contexto en el que se desarrolla toda la Liturgia. La vida de la Iglesia, como lugar o mejor dicho como el estado donde se encuentra Dios y el hombre, está presidida por ésta presencia trinitaria, pero a nosotros, por nuestra condición, formando parte del antiguo Adam, del hombre caído, nos cuesta mucho sentir esta presencia y en consecuencia también nos cuesta mucho hacer el esfuerzo para reconducir nuestra vida y buscar el camino que nos lleve del antiguo Adam al nuevo Adam, del mundo que está dominado por la corrupción y la muerte al mundo que irradia luz y vida, producto de la Resurrección de Nuestro Señor y Salvador Jesús-Cristo.

Para darnos pautas de conducta que nos ayuden a hacer esta conversión, la Iglesia a través de todo su ciclo litúrgico, nos va indicando un camino a seguir que si somos capaces de percibirlo intuitivamente y de seguirlo en la medida del momento personal en que nos encontramos, poco a poco y año tras año podemos ir avanzando en la percepción y la experiencia de que la comunicación y aún mejor dicho la comunión con la trascendencia, es una realidad que cada vez puede estar más presente en nuestra vida. Se trata de cultivar esta relación para hacerla cada vez más viva.

En este sentido la Iglesia, conocedora de la psicología del ser humano y con la voluntad de conducirlo a la experiencia de este diálogo con la trascendencia, ha puesto a lo largo de todo el año litúrgico, una serie de periodos de preparación para ponernos en disposición de recibir el misterio que se nos manifiesta en la fiesta que siempre está situada al final, como clausura de esta preparación. Es decir, después de cada cuaresma se celebra una gran fiesta, y la finalidad de la cuaresma es la de prepararnos, de ponernos en disposición, para percibir y vivir el misterio que la Iglesia nos manifiesta a través de la celebración de aquella fiesta. Difícilmente el hombre tendrá ninguna experiencia de este tipo, que aporte cambios a su vida espiritual, sino ha habido un mínimo de preparación.

Pero observemos que la cuaresma es un medio que nos conduce a un fin, es una preparación necesaria para llegar a una experiencia, pero nunca un fin en sí mismo. Es decir, que poner el acento durante este tiempo litúrgico, sobre qué se puede hacer y qué no se puede hacer, qué se puede comer y qué no se puede

comer, sin que haya una verdadera conversión y pneumatización de nuestra vida, no sirve prácticamente de nada, y sobre este tema ya hablaremos un poco más adelante.

La Iglesia Ortodoxa, contempla 4 periodos de cuaresma durante todo el año. Los 40 días de preparación antes de la fiesta de Navidad, los 40 días de la Gran Cuaresma antes de la festividad de Pascua, precedidos de tres semanas al inicio del Tríodo que es una pre-preparación a la propia entrada en tiempo de cuaresma y seguidos de la Semana de la Pasión o Semana Santa como se acostumbra a nombrar aquí en Occidente. Otro periodo es el que va desde el lunes después de la festividad de Todos los Santos, que en nuestro calendario es el domingo después de la fiesta de Pentecostés, hasta la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo, y por último los 14 días que preceden a la fiesta de la Dormición de la Madre de Dios, concretamente del 1 al 14 de agosto.

Todos estos períodos son de una cierta duración, pero después también hay días concretos durante el año de ayuno y abstinencia, como son los miércoles y viernes de todas las semanas, excepto las semanas completas como es la semana de Pascua, el 14 de septiembre día de la exaltación de la Santa Cruz, el 5 de enero víspera de la Teofanía, y el 29 de agosto festividad de la degollación de san Joan Baptista.

Como podemos observar si queremos seguir todas las prescripciones que la Iglesia nos pone de cara a nuestra preparación para acercarnos a la experiencia de la trascendencia, en nuestra vida se tendrá que introducir como práctica cotidiana la presencia de una cierta ascesis personal.

Nosotros podemos estar muy lejos de cumplir con todas estas prácticas, pero en primer lugar lo que hemos de destacar, es que la tradición de nuestra Iglesia, mantiene como prácticas necesarias estos cánones de conducta. Nosotros los cumpliremos o no los cumpliremos, pero la referencia de hacia donde tenemos que dirigirnos, si verdaderamente queremos avanza hacia la pneumatización de nuestra vida está clara. Cuando la Iglesia pierde estas referencias, lo que se está produciendo es un empobrecimiento de su actividad espiritual y en consecuencia, de nuestra praxis eclesial, que es realmente donde podemos trabajar los aspectos que nos ayuden a crecer espiritualmente y vivir el misterio que la Iglesia nos presenta para nuestra salvación.

Si perdemos el aspecto ascético en nuestra práctica eclesial, difícilmente, viviremos los misterios. Pasaremos a ser cristianos de nombre, pero no de vida. El Evangelio nos dice que es necesario que el grano de trigo caiga en tierra y muera para que dé mucho fruto. Nosotros también tenemos que ir modelando nuestra alma y nuestro cuerpo, es decir tenemos que ir haciendo morir poco a poco nuestro antiguo Adam, para empezar a sentir la presencia del nuevo Adam, y esto sin la practica ascética es muy difícil de conseguir, por esto la Iglesia, conocedora de nuestra psicología y de nuestras necesidades, nos pone estos períodos de preparación, para que poco a poco a lo largo de la vida, podamos ir avanzando en el camino que conduce al Reino, a la experiencia de la Resurrección.

Para adentrarnos en esta toma de conciencia, analizaremos las tres primeras semanas del Tríodo de Cuaresma, precedidas del domingo de Zaqueo, porque este

tiempo litúrgico tiene la misión precisamente de hacernos sentir la necesidad de nuestra conversión, y esta toma de conciencia nos hace ver la distancia que hay entre nuestra realidad y la que queremos conocer, y así nos podamos poner en pie y ceñidos, para empezar este viaje de cuarenta días con la voluntad de hacer un esfuerzo para avanzar en la vía estrecha, del gozo ascético que nos hace pasar de la muerte a la vida. Y digo gozo ascético para resaltar que esta praxis, no viene marcada por la represión de nuestras pasiones sin más, sino por la contención serena de aquellas conductas y pasiones que en conciencia sabemos que nos apartan de la comunión con la trascendencia. Y esto va acompañado generalmente de una fuerza interior que nos empieza a dar luces de la nueva vida que queremos conocer.

Antes de empezar el Trío de cuaresma, la Iglesia pone delante de nuestros ojos, el domingo de Zaqueo, donde se lee el Evangelio de San Lucas (Luc. 19, 1-10) que hace referencia precisamente a este hombre, llamado Zaqueo. Según nos dice el Evangelio era jefe de publicanos y rico, pero quería conocer a Jesús y como que era bajo de estatura y en aquel lugar había mucha gente, el relato del Evangelio concretamente nos dice:

*"Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí, y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: Zaqueo baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría."*

De este relato destacamos el deseo de Zaqueo de ver y conocer a Jesús y cómo se pone en movimiento para hacerlo. Lo primero que necesita el hombre para iniciar un camino, es tener el deseo de querer conocer alguna cosa y de ponerse en movimiento para conseguirlo. En este caso Zaqueo, que a buen seguro había oído hablar de Jesús, tiene el deseo de conocerlo y de una forma muy decidida se pone en movimiento. El Evangelio nos dice que se pone a correr y se sube en un árbol.

Es evidente que en la vida podemos tener muchos deseos, y también es verdad que para conseguir algunas cosas, tendremos de poner mucho esfuerzo y mucha voluntad. Pero en este caso, cuando damos un paso adelante para acercarnos a lo que es trascendente, nuestro esfuerzo irá dirigido hacia aquello que no nos será sacado, como le dice Jesús a Marta en el Evangelio (Luc. 10, 38-42, 11,27-28), que leemos en todas las festividades de la Madre de Dios. Y además, este esfuerzo, cuando va en esta dirección será recompensado. Observamos lo que dice el Evangelio:

*"Jesús dijo: Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría."*

Con estas palabras sencillas el Evangelio nos dice que se ha producido un reencuentro y Zaqueo recibe una experiencia que va mas allá de sus propias fuerzas y que provoca que en su vida interior se produzca una conversión. El Evangelio continúa diciendo:

*"Zaqueo puesto en pie, dijo al Señor: Daré Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo."*

Se ha producido un movimiento del hombre hacia Dios y de Dios hacia el hombre

que nos sitúa delante de aquello que da sentido y trascendencia a nuestra vida, tal como continúa diciendo el Evangelio:

*"Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido."*

Ésta es la advertencia que nos hace la Iglesia antes de empezar el Trío de cuaresma, es decir antes de empezar propiamente este tiempo de preparación cuaresmal. Destacamos cómo este Evangelio pone delante nuestro en primer lugar el deseo de conocer a nuestro Señor Jesús-Cristo, después el reencuentro con Él y seguidamente la conversión que se produce en el seno del hombre a causa de este reencuentro. Todo esto hace que se despierte en nuestro interior la necesidad de continuar avanzando en este conocimiento, y con esta experiencia iniciemos el Trío de Cuaresma.

Antes de pasar al primer domingo del Trío, y para profundizar sobre lo que significa esta conversión, me ha parecido adecuado leer unos versículos del salmo 50, porque nos ilustran de una forma perfecta, esta nueva conciencia que hemos adquirido gracias a la conversión que hemos sufrido en el reencuentro con nuestro Señor Jesús-Cristo.

Estos versículos dicen lo siguiente:

*Ten piedad de mí, oh Dios, según tu gran misericordia, y en tu inmensa compasión, borra mis pecados.*

*Lávame a fondo de mi iniquidad y purifícame de mi pecado*

*Pues conozco mi iniquidad, y mi pecado está constantemente delante de mí.*

*Contra ti solo, he pecado, y he hecho el mal ante tus ojos.*

*Así, serás encontrado justo en tus palabras, y victorioso en tu justicia.*

*Mira: en la iniquidad fui concebido, y estaba en el pecado cuando mi madre me engendró. (...)*

Este salmo se lee cada día en el oficio de maitines, para empezar el día con la conciencia clara que partimos de un estado y queremos adquirir otro, y este cambio solo es posible con la ayuda de Dios y gracias a su gran misericordia. Esta visión ilustra perfectamente cuál ha de ser nuestra conciencia y nuestra actitud para iniciar este tiempo de preparación con la conversión y el arrepentimiento necesario tal y como nos presenta el publicano en el primer domingo del Trío.

Y para profundizar en esta actitud, todavía añadiremos otro versículo del salmo 50 que dice:

*El sacrificio que conviene a Dios, es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, Dios mío no lo menosprecies.*

Con esta actitud iniciamos el Trío de Cuaresma, y el Evangelio (Luc. 18, 10-14) del primer domingo, que relata el pasaje del fariseo y del publicano, nos hace

penetrar en este arrepentimiento. El Evangelio nos muestra dos actitudes, para que podamos detectar con cuál de las dos nos sentimos representados y al mismo tiempo nos muestra cuál es la actitud correcta, aquélla que nos servirá para encontrar justificación delante de Dios.

El fariseo rezaba de esta forma en su corazón:

*¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los restantes de los hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano; ayuno dos veces a la semana, y pago el diezmo de todo lo que poseo.*

Este hombre aunque cumple con los preceptos perfectamente, le falla la actitud. Se siente satisfecho de sí mismo y utiliza la religión para hacer crecer su orgullo y además se desvincula del resto de los hombres, como si no formara parte de la misma realidad en tanto que humanidad caída. Con esta actitud se cierra sobre sí mismo y él mismo impide que la misericordia divina pueda penetrar en su interior.

Por otra parte el publicano, que según nos dice el Evangelio era a distancia y no osaba alzar los ojos al cielo dice:

*¡Oh Dios!, Ten compasión de mí, que soy pecador.*

Este hombre muestra una actitud muy diferente, se reconoce indigno, dominado por el pecado, pero al mismo tiempo reclama la ayuda de Dios, porque es consciente que él solo, sin la ayuda de Dios no puede avanzar en el camino que ha iniciado. Y el Evangelio nos dice que este segundo es quien encontrará justificación delante de Dios:

*Porque quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será exaltado.*

En definitiva, la actitud del publicano es aquella que nos aporta la experiencia de de la humildad divina.

El padre Alexander Schmemmann, en su tratado sobre "La Gran Cuaresma" a la pregunta: ¿qué es la humildad? Dice: *"La respuesta puede parecer paradójica, puesto que se arraiga en una afirmación sorprendente: ¡Dios mismo es humilde! ... todo aquello que es auténticamente perfecto, bello y bueno, es al mismo tiempo humilde de una forma nada forzada. Precisamente a causa de su perfección no le hace falta la autocomplacencia, la gloria del mundo y el "reconocimiento" de ningún tipo. Dios es humilde porque es perfecto. Su humildad es su gloria y la fuente de toda verdadera belleza, perfección y bondad. Todo el mundo que se acerca a Dios y lo conoce, inmediatamente comparte la divina humildad, y este hecho le da una gran belleza."*

Ésta es la humildad que buscamos a través de nuestro arrepentimiento. El hombre que busca este tipo de humildad, no le interesa la gloria de este mundo, más bien le estorba porque le impide disfrutar de la verdadera Gloria que es aquélla que nos hace humildes por participación a la humildad divina.

El Kondakion que se lee este día, nos dice lo siguiente:

*"Del fariseo huyamos de la jactancia, del publicano aprendamos la humildad y con gemidos por nuestros pecados, digamos al Salvador: Perdónanos Señor, porque*

*solamente Tú eres indulgente."*

Y en este día cantamos también por primera vez los troparios de arrepentimiento que nos acompañarán durante toda la cuaresma, que dicen así:

*"Ábreme las puertas del arrepentimiento, Señor, Fuente de vida. En vuestro santo templo vela mi espíritu que tiene como templo mi cuerpo impuro. Purificadme, a pesar de todo, por vuestra gran bondad, según vuestra gran ternura y vuestro amor compasivo."*

*"Conducidme por el camino de salvación, o Madre de Dios, porque he saturado mi alma de pecados, y he pasado la vida en la indolencia; pero por vuestras santas oraciones liberadme de toda impureza."*

*"Cuando pienso en la gran cantidad de iniquidades que he realizado me horrorizo, miserable de mí, recordando el terrible día del juicio; pero confiando, en vuestra misericordia, os clamo, como David, que tengáis piedad de mí, oh Dios, por vuestra gran misericordia."*

Conseguido este arrepentimiento que sale de la profundidad de nuestro corazón, el segundo domingo del Tríodo nos recuerda que ésta es la condición necesaria para volver a la casa del Padre, y la Iglesia presenta a nuestra contemplación el fragmento del Evangelio de Lucas, correspondiendo a la parábola del hijo pródigo (Luc. 15, 11-32)

En este fragmento se nos relata la historia de un hombre que, habiendo recibido su herencia, abandonó la casa del padre, se fue a un país lejano y después de dilapidar todos sus bienes, arrepentido de lo que había hecho y de todo lo que había abandonado, decidió volver a la casa del padre para pedirle ayuda como jornalero.

En este fragmento, vemos perfectamente reflejada la situación de la condición humana, esta había sido creada a la imagen de su creador, para que pudiera caminar en libertad hacia la comunión plena con aquél que le había dado la vida. Pero escogiendo un camino contrario, pierde la comunión y la vida. Viviendo entonces en un país lejano se siente exiliado en un mundo absurdo, sin sentido, donde todo acaba muriendo. Pero su deseo de trascendencia, hace que quiera levantar la cabeza como hace Zaqueo y, tomando conciencia de lo que había perdido, decida volver a la casa del Padre como hace el hijo pródigo.

El verdadero arrepentimiento consiste en esto, tomar conciencia de lo que hemos perdido y querer recuperarlo. Observamos cómo la Iglesia nos recuerda este hecho con la lectura del kondakion de esta fiesta:

*"Me he apartado culpablemente de vuestra gloria paterna, y he malbaratado con pecadoras las riquezas que me disteis. Entonces levanto hacia Tí el clamor del pródigo, oh Padre generoso, he pecado contra Ti. Tómame como penitente, y contrátame como uno de vuestros jornaleros."*

Para acabar de ilustrar el sentimiento de exilio que el hombre vive durante este tiempo litúrgico, la Iglesia este domingo y en los dos que le siguen, antes de la entrada en la Gran Cuaresma, en el oficio de Maitines, después de los salmos

solemne y jubilosos del Polyeleos, cantamos el salmo 137, triste y nostálgico que dice así:

*"Cerca de los Ríos de Babilonia nos sentábamos llorando de añoranza de Sión(...) ¿Cómo podíamos cantar cantos al Señor en una tierra extranjera? Si nunca te olvidaba, Jerusalén, que se paralice mi derecha. Que se me encaste la lengua al paladar, si dejara de evocar tu recuerdo, si no pusiera Jerusalén en lo alto de los cantos de fiesta (...)"*

Con este canto que los judíos cantaban desde el exilio de Babilonia, la Iglesia nos quiere recordar nuestro exilio de Dios para que, arrepentidos, nos pongamos en camino hacia la casa de nuestro Padre y de nuestro Dios.

El domingo siguiente, es el domingo del Juicio Final, también llamado de Carnaval porque, según los cánones disciplinarios de este tiempo, es el último domingo en que está permitido comer carne, según la regla que la Iglesia marca de cara a nuestra preparación.

El sábado anterior a este domingo, la Iglesia nos invita a la conmemoración universal para todos los difuntos. Cuando iniciamos el camino hacia el Reino, no lo hacemos individualmente, sino en comunión con todos aquéllos que amamos. En esta comunidad de amor que es la Iglesia y siguiendo el principal mandamiento de la ley de Dios, de *"amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como ti mismo"* la humanidad, vivos y muertos, se encuentran en Cristo que se la Vida.

La oración por los difuntos está ligada inexorablemente a este misterio de amor y en ningún caso la podemos relacionar con una doctrina jurídica de méritos y compensaciones, como se ha querido transmitir equivocadamente aquí en Occidente.

El domingo del Juicio Final continúa abundando en el tema del amor. El Evangelio del día corresponde a la parábola sobre el juicio final (Mat. 25, 31-46), cuando el Hijo del hombre vendrá en su gloria y cómo separará las ovejas de los cabritos, poniendo unas en la derecha y las otras a la izquierda. Y cómo llamará a las de su derecha a participar de su Reino, porque cuando tenía hambre le dieron de comer, cuando tenía sed le dieron de beber; era forastero y lo acogieron, en la prisión y lo fueron a ver. Y rechazará a las de la izquierda por hacer lo contrario. Y preguntado de cuando se realizó todo esto, Él mismo se identificó con todas aquellas personas que nos encontramos a lo largo de la vida pasando necesidad. El Evangelio nos dice:

*"Os lo bien aseguro, en la medida en que lo hicisteis a uno de éstos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis."*

El padre Alexander Schmemmann, hablando sobre este pasaje del Juicio Final, y profundizando sobre la calidad de amor que este pasaje nos quiere transmitir nos dice:

*"Dios ama a cada uno de los hombres porque solamente Él conoce este tesoro concreto de valor inmenso e irrepetible que es "el alma" o la "persona" que Él mismo ha dado a cada ser humano. El amor cristiano es pues la participación en*

*este conocimiento divino y en el don de este amor divino. No puede haber amor impersonal puesto que el amor es el maravilloso descubrimiento de aquello que es "personal" en "el hombre", es el descubrimiento de aquello que es personal y concreto, en aquello que es común y general. Es el descubrimiento en cada hombre de aquello que es "capaz de ser querido" en él, de aquello que viene de Dios."*

Ésta es la relación que buscamos con nuestro prójimo en el momento que queremos iniciar el camino hacia el Reino. Cada hombre esconde en la profundidad de su alma el misterio de la persona, realidad única e intransferible que se une a su creador, a aquél que le ha dado la vida. En el momento que Dios nos da la gracia de comunicarnos con esta realidad, lo podemos amar como Él nos ama y participar del mandamiento principal de la ley de Dios, amando al prójimo como a nosotros mismos. Como podemos ver, la relación que buscamos con nuestros prójimos en el seno de la iglesia, va mucho más allá de la que podemos desarrollar en una acción social, esta, en todo caso tiene que ser el inicio de una relación mucho más profunda.

El siguiente domingo que es el último de este ciclo de tres domingos, antes de entrar propiamente en la Gran Cuaresma, es el domingo del Exilio de Adam. A través de este tiempo litúrgico, ya hemos tomado conciencia de que Adam fue creado para el paraíso, para estar cerca de Dios y para conocer a Dios, pero por su pecado de orgullo, situándose él en el lugar de Dios, perdió la comunión con aquél que le había dado la vida y por este motivo se precipitó en un estado donde su vida se convirtió en un exilio, lejos de aquella energía y de aquella gracia que lo habían hecho inmortal. Con ésta conciencia, iniciamos el tiempo de cuaresma con la voluntad de recuperar esta gracia perdida.

Este domingo se llama también el domingo del perdón y en el Evangelio del día, leemos: (Mat. 6, 14-21)

*"Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas."*

Cuando Adam fue expulsado del paraíso, perdió la comunión con aquél que le había dado la vida y con toda aquella creación que el autor de la vida había hecho para su gloria. Con esta pérdida se sintió individualmente separado de la unidad orgánica de la vida y empezó a vivir una realidad dominada por la división, la separación y el odio, propios de la autoafirmación de su individualidad. El perdón lo que hace es trascender los mecanismos de esta separación y de este odio y abrir las puertas a la reconciliación. De esta manera el perdón ataca el pecado en su principal dominio del mundo y nos hace empezar a sentir los rayos de luz que nos hacen salir de su esclavitud.

En este domingo, también llamado de la tyrofagia o de los lácticos, según los cánones cuaresmales, es el último día que se permite la leche y todos sus derivados, es decir todo alimento que sin ser propiamente carne, procede de los animales, y el Evangelio del día también nos recuerda el ayuno y sus condiciones, como una práctica necesaria durante todo este tiempo cuaresmal, concretamente nos dice:



*“Cuando ayunáis, no adoptéis un ademán triste, como hacen los hipócritas: se desfiguran el rostro para que la gente se dé cuenta; os lo bien aseguro: ya se han cobrado el salario. Tú en cambio cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, a fin de que la gente no se dé cuenta de que ayunas, sino únicamente tu Padre que está en el secreto; y tu Padre, que ve en el secreto, te lo pagará.”*

Después de todo lo expuesto, podemos tomar conciencia de que, para avanzar en el camino que conduce al Reino, tendremos que empezar a dejar muchas de aquellas cosas que nos ligan a este mundo, y empezar a interesarnos por otro tipo de realidad que nos ayuda a trascender este mundo.

Cuando el Evangelio nos dice de que es necesario que el grano de trigo caiga en tierra y muera para que dé mucho fruto, se nos está manifestando que para avanzar en aquel camino que nos aporte muchos frutos tendremos de sufrir una transformación profunda en nuestro propio ser, que nos haga pasar de un estado al otro. Si la vida que buscamos está más allá de esta realidad, tendremos que empezar a trascender esta realidad.

En definitiva nuestro antiguo Adam, es decir a aquel hombre que ha nacido bajo las consecuencias del pecado de nuestros primeros padres y que vive bajo las coordenadas de esta realidad caída, tendrá que ir muriendo para empezar a dejar paso a que el nuevo Adam, que empieza a vivir ya las primicias del Reino, es decir la comunión con lo trascendente, se empiece a manifestar.

Se trata de una verdadera iniciación en la profundidad de nuestro ser que nos haga participar de esta otra realidad, que nos da vida, y vida perdurable, como ya hemos dicho, esta es aquella parte que no nos será sacada, tal y como le dice Jesús-Cristo a Marta en el pasaje del Evangelio que se lee en todas las festividades de la Madre de Dios.

Es por esto que necesitamos ayunar de este mundo. El estarnos de comer una serie de alimentos, dándole al cuerpo justo lo que necesita pero no más, nos mantiene en un estado de vigilia favorable a que esta nueva realidad empiece a arraigar en nosotros, y nuestra atención se empiece a dirigir hacia lo que es importante y fundamental en nuestra vida espiritual, dejando de lado las cosas más superfluas e intrascendentes, que por otro lado son las que generalmente nos tienen más ocupados. Pero estas prácticas se tienen que desarrollar en el secreto para que tengan su efecto, tal como nos dice el Evangelio de este día. Estamos buscando la relación íntima entre nuestro ser y la trascendencia y esto sucede en el secreto de nuestro corazón.

Demasiado a menudo durante este tiempo de cuaresma, en el seno de la Iglesia ortodoxa donde estas prácticas son habituales entre la gente que practica y que intenta vivir el misterio de la Iglesia, la principal preocupación queda limitada a seguir estos cánones alimenticios. Si lo hacemos, nos sentimos satisfechos de nosotros mismos y hacemos lo posible para que se note que estamos cumpliendo estrictamente con lo que la Iglesia nos marca. El Evangelio nos dice que si actuamos de esta forma ya hemos recibido nuestro salario y este salario se trata precisamente del orgullo que ya ha entrado en nosotros mismos.

Durante este tiempo de preparación tenemos que evitar hablar de lo que

comemos o de lo que dejamos de comer, tenemos que actuar en el secreto y con humildad, hemos que pasar desapercibidos, buscando esta experiencia íntima que se nos manifiesta en la presencia de lo trascendente, de aquel espíritu de vida que nos abre las puertas hacia una nueva realidad, hacia aquella realidad que buscamos en este camino hacia el Reino.

Pero también tenemos que decir que, sin esta ascesis personal, sin esta lucha interior que busque realmente una transformación en lo más profundo de nuestro ser, difícilmente encontraremos este cambio necesario para que podamos empezar a vivir aquí y ahora las primicias del Reino. El Reino de Dios se adquiere por la fuerza, por la fuerza interior que lucha con voluntad y energía para salir de la horizontalidad de este mundo, buscando la verticalidad del camino que da verdadero sentido a nuestra vida. Recordemos como la lucha de Jacob con el ángel, nos expresa este sentimiento, el pasaje del Génesis que nos relata éste hecho nos dice (Gen 32, 25-30):

*“Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Este le dijo: suéltame, que ha rayado el alba. Jacob respondió: no te suelto hasta que no me hayas bendecido. Dijo el otro: ¿Cuál es tu nombre? Jacob. En adelante no te llamarás Jacob sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido. Jacob le preguntó: Dime por favor tu nombre. ¿Para qué preguntas por mi nombre? Y le bendijo allí mismo.”*

Con esta lucha fuerte entre Jacob y una realidad que quiere conocer, y que pide con fuerza que le revele su nombre, Jacob consigue recibir la bendición deseada. En otro pasaje de la vida de Jacob, donde en sueños ve una escalera que une el cielo y la tierra, se nos muestra este aspecto vertical que orienta nuestra vida, hacia una realidad que está más allá de éste mundo.

El camino de la ascesis, es pues un camino de lucha, es un camino donde poco a poco tenemos que ir entrenando y aprendiendo el camino de los atletas de Cristo. Los monjes, son aquéllos que toman este camino como forma de vida y renuncian al mundo, para dedicar su vida plenamente a este entrenamiento, a esta lucha que los conduce hacia el Reino. Pero la Iglesia nos pide a todos, no sólo a los monjes, que orientemos nuestra vida hacia conquistar el Reino de Dios, porque esto es realmente lo que dará sentido a nuestra existencia. Los periodos cuaresmales tienen pues la misión de ceñirnos, orientando nuestra vida hacia esta lucha necesaria, si realmente queremos alcanzar este objetivo.

Después del domingo del Perdón, donde ya hemos realizado toda esta preparación previa que hemos relatado, entramos ya en tiempo de cuaresma. Durante este periodo de 40 días, esta lucha interior, tiene que estar presente de una forma real y eficaz en nuestra vida si realmente queremos avanzar en el camino que nos conduce a la experiencia de la Resurrección, y las prácticas litúrgicas durante todo este tiempo, nos acompañan para hacer más llevadero, mas fácil y más eficaz todo este esfuerzo.

En las vísperas del domingo del perdón, cantamos:

*¡Empezamos el tiempo de ayuno en la luz!*

*Preparémonos para los esfuerzos espirituales.*

*Purifiquemos nuestra alma. Purifiquemos también nuestro cuerpo.*

*Tal como de la comida, abstengámonos de toda pasión*

*Y dejemos fluir las virtudes del espíritu,*

*De manera que, llegados a la perfección por el amor,*

*Podamos ser dignos de contemplar*

*La pasión de Cristo, la Santa Pascua con gozo espiritual.*

Y todavía el prókimenon del día nos dice:

*No escondáis vuestro rostro a vuestro servidor,*

*¡Que estoy afligido!*

*Apresuraos a escucharme.*

*¡Poner atención sobre mi alma y liberadla!*

Sobre estos cantos el Padre Alexander Schmemmann nos dice:

*Escuchad la melodía característica de esta estrofa, de este clamor que de repente llena la iglesia: ¡"Que estoy afligido"! y comprenderéis este punto de partida de la Cuaresma: La misteriosa mezcla de desesperación y de esperanza, de tiniebla y de luz. Ya ha terminado toda la preparación. Me encuentro en pie delante de Dios, ante la gloria y la belleza de su Reino. Me doy cuenta de que este es mi verdadero hogar, al que pertenezco, que no tengo ninguna otra alegría, ningún otro objetivo. También me doy cuenta que estoy exiliado y alejado de él en la tiniebla y la tristeza del pecado, "¡porque estoy afligido!". Por último, me doy cuenta de que sólo Dios puede sacarme de esta aflicción, que sólo Él puede "poner atención sobre mi alma". El arrepentimiento es, por encima de toda otra cosa, un grito desesperado reclamando esta ayuda de Dios.*

Al final de las vísperas leemos una oración presente en los oficios durante todo el tiempo de cuaresma, que nuestra tradición atribuye a San Efrén el siríaco y que nos relata de una forma concisa y clara cuál ha de ser el espíritu de este tiempo litúrgico. La oración dice:

*Señor y Maestro de mi vida, no me abandones al espíritu de pereza, de desánimo, de desaliento y de palabra vana;*

*Da en cambio a vuestro servidor un espíritu de castidad, de humildad, de paciencia y de caridad.*

*Si Señor y Rey, haz que pueda ver mis pecados y no juzgar a mis hermanos. Porque Tu eres bendito por los siglos de los siglos. Amén.*

Primero se nombran todos los aspectos negativos de confusión y desorden, propios de un mundo caído, de un mundo sin Dios.

La pereza relaja nuestras inquietudes y deseos de cambio, hasta el punto de que no los encontramos necesarios ni deseables, por lo cual perdemos la fuerza para iniciar nuestro camino espiritual. De alguna manera podríamos decir que es un ataque directo al origen de cualquier voluntad de nuestra alma que nos oriente hacia una realización más plena de nuestra vida. En consecuencia, el desánimo llena nuestra vida, y la vacía de cualquier posibilidad de trascender este estado. Por lo cual nos afirmamos en esta realidad, buscando nuestra realización a través de la afirmación de nuestro yo, como única verdad de nuestra existencia, valorándolo todo en función de nuestras necesidades y de nuestras opiniones. En esta situación, la palabra, que es el don supremo del hombre como ser creado a la imagen de Dios, se convierte en vana al ser utilizada para reafirmar nuestra individualidad, nuestra vida sin Dios.

Desde el arrepentimiento, estando afligidos, pedimos que todas estas fuerzas negativas que nos mantienen esclavos del pecado sean apartadas, para dejar paso a que las virtudes reorienten nuestra vida, hacia su auténtico sentido en comunión con aquél que nos ha dado la vida. Y la oración sigue enumerando estas virtudes:

En primer lugar la castidad, en el sentido de la palabra griega *sofrosini* que quiere decir *integridad de mente*, capacidad de vislumbrar nuestras posibilidades como personas, como seres de comunión capaces de relacionarnos con nuestro creador y con toda la creación. Citando palabras de Alexander Schmemmann, las connotaciones sexuales de esta palabra, tienen sentido, en la medida en que donde queda más patente este carácter roto de nuestra existencia, es precisamente en la lujuria sexual.

El Primer fruto de la castidad es la humildad, porque sólo con humildad se puede participar de la verdad de las cosas y, en ellas, ver la majestad, la bondad y el amor de Dios. Como ya hemos dicho, Dios mismo es humilde, porque no necesita reafirmarse en nada, simplemente es el que es, y en Él está la belleza de todas las cosas.

La paciencia es una virtud que nos ayuda a encontrar esta humildad y esta castidad, situando las cosas en su contexto y dándonos una visión más general que nos permita respetar los acontecimientos. Contrariamente la impaciencia lo que hace es querer imponer nuestros criterios, con una visión muy parcelada de la realidad.

Y finalmente la caridad como expresión del amor de Dios hacia todas las cosas, punto álgido de nuestra experiencia en comunión con Él.

Finalmente, la última petición de la oración, pone el acento sobre dónde tenemos que dirigir nuestra atención y donde está la materia de trabajo. Tenemos que ver nuestras faltas y no juzgar a nuestro hermano, porque aquello que somos es lo que podemos ofrecer a Dios para transformarlo. Esta acción tiene que ir acompañada de un verdadero arrepentimiento, y de la castidad, humildad, paciencia y caridad necesarias para que se realice esta transformación. En este

sentido, tenemos que estar muy atentos ante el pseudo-pietismo y la falsa humildad que, ante un sentimiento de culpabilidad aparente, esconde nuestro propio orgullo. Ésta es una trampa muy peligrosa, en la que muy fácilmente nos podemos encontrar implicados. En este sentido es conveniente tener muy presentes los aspectos de castidad, humildad, paciencia y caridad, para detectar si nuestra actitud de reconocimiento de nuestras faltas es auténtica o más bien muy sutilmente nos mantiene engañados.

Con toda esta pre-preparación, nos disponemos a entrar en el tiempo propiamente cuaresmal, donde a través de la ascesis personal nos preparamos para vivir con una cierta intensidad espiritual, la Pascua que ya intuimos al final del camino.

Durante este tiempo, la Iglesia Ortodoxa, siguiendo su lógica litúrgica cuaresmal que no desarrollaremos en este momento, mantiene la regla de no celebrar la divina liturgia durante la semana de lunes a viernes, reservando la celebración de la Eucaristía para los sábados y domingos. Pero de todos modos, para dar a los fieles el alimento necesario que nos ayude a llevar este combate espiritual, durante estos cuarenta días, se celebra la liturgia de los dones pre-santificados, concretamente los miércoles y los viernes. Desgraciadamente, por las dificultades que el mundo nos presenta, esta práctica es omitida en muchas parroquias, pero es muy aconsejable poderla celebrar aunque sea una vez a la semana. Esta Liturgia es un oficio vespertino, con la presencia de los Santos Dones santificados el domingo anterior, para administrar la comunión a todos aquéllos que quieran recibir este alimento necesario para salir fortalecidos en su combate espiritual.

Queremos destacar la importancia de esta celebración, tanto por todas sus connotaciones penitenciales, que poco a poco nos ayudan a ir introduciendo el espíritu de la cuaresma en nuestra vida cotidiana, como por el esfuerzo espiritual que supone la comunión vespertina.

En la Iglesia Ortodoxa existe la costumbre y la praxis de permanecer en ayuno total antes de tomar la comunión, de esta forma nos mantenemos en estado de vigilia, concentrados en aquello que se ha de manifestar. Es la manera de mantener el clima adecuado para recibir al Esposo, tal como hicieron las vírgenes prudentes según el relato del Evangelio. Cuando la comunión es vespertina, nuestro esfuerzo se hace mucho más patente, debido a que nos tenemos que mantener en ayuno total durante todo el día, a la espera de recibir el alimento espiritual que se nos administrará en la comunión de los dones pre-santificados. Esto hace que durante todo este día, nuestra atención esté dirigida a este reencuentro con nuestro Señor Jesús-Cristo y ésta praxis nos hace participar de una forma mucho más activa a la celebración litúrgica. Todo esto cuando se practica acompañado de la actitud justa hace que nuestra vida se llene de la fuerza del Espíritu necesaria para continuar adelante con nuestro combate espiritual.

Como vemos, la Cuaresma es un verdadero proceso de iniciación en los misterios de la Iglesia, con esta pequeña exposición, simplemente he querido destacar las diferentes etapas por las que hemos de pasar, y la praxis necesaria que hemos de seguir, si realmente queremos acercarnos a la Pascua con la disposición para vivir el misterio de la Resurrección con una cierta intensidad espiritual. De esta forma,

tomaremos conciencia, de que en definitiva, la praxis eclesial no es más que la fuente de conocimiento que nos conduce a la Vida Perdurable y Santa, en el Reino de Dios.

P. Martí